





# Triza





**Valeria Pariso**

# **Triza**



Colección de poesía argentina *Astrolabio*

Editorial detodoslosmares  
Rivadavia 381 local 3  
(5184) Capilla del Monte - Córdoba - Argentina  
e-mail: detodoslosmares.editorial@gmail.com  
www.editorialdetodoslosmares.com

© 2017 Valeria Pariso  
valeriaparis@outlook.com

© 2017 Editorial detodoslosmares

Edición literaria: Stella Maris Cochetti  
Ilustración: María Licciardo  
Diseño de tapa e interior: Leda Rensin

Queda hecho el depósito que marca la Ley número 11.723

ISBN: 9789874644930

Impreso en la Argentina

Libro de edición argentina

Pariso, Valeria

Triza / Valeria Pariso ; dirigido por Gerardo Coccio ; editor literario Stella Maris Cochetti ; prólogo de Dolores Etchecopar. - 1a ed. - Capilla del Monte : Detodoslosmares, 2017.

60 p. ; 21 x 13 cm. - (Astrolabio ; 6)

ISBN 978-987-46449-3-0

1. Poesía Argentina. I. Coccio, Gerardo, dir. II. Cochetti, Stella Maris, ed. Lit. III. Etchecopar, Dolores, prolog. IV. Título.  
CDD A861

## Prólogo

La ausencia actúa en los textos de este nuevo libro de Valeria Pariso como el líquido revelador que usan los fotógrafos. Pero en el poema, lo revelado no se congela, sino que extrema su fugacidad, ofrece el destello de una presencia, el prodigio de su instante.

Cuando la catástrofe del amor hizo estrago, cuando la poeta dice: *he arrojado todo al precipicio. / Ningún orden es posible ahora*, lo que queda y ampara es algo pequeño, trémulo en la fiesta de su precariedad, como una flor en la mano o pulverizándose dentro de un libro. *Un gesto levísimo podría demoler un jardín*, dice Valeria Pariso, ese jardín aparece y desaparece en los poemas como una respiración que solo la incertidumbre nos concede.

Con un tono coloquial y lírico a la vez, cada poema renueva la pregunta: *¿cómo es posible que no exista palabra para nombrar esto?* El remordimiento, la esperanza, el amor, el abandono, el dolor, la belleza, ¿cómo nombrarlos? Esta perplejidad, la permeabilidad a su hechizo, vuelve esta escritura entrañable y verdadera. Lo que hará la poeta, a la par del viejo constructor de muelles, será, cada vez, *correr la línea entre la nada y el sueño*.

Y de pronto, esa palabra inalcanzable que tantea el poema nos atraviesa lacerante como el sonido gutural del llanto de un camello en el desierto. Algo sucede entonces, se ha quebrado una letra del dolor y por esa grieta o triza entramos en el libro.

*Dolores Etchecopar*





*Pienso  
nada me puede suceder  
Entonces  
una violeta  
nace  
y el mundo  
tiembla*

Inés Manzano



# Triza





**1**

Ese viento que te tocó la cara

¿cae?

¿Cae y vuelve a subir?

¿Con qué piedras golpea,  
con qué historia?

Ese viento que ahora mismo

mueve una flor frente a tus ojos,

ese viento, digo,

qué se lleva

y qué te deja puesto

que no sepas.

*la catástrofe del amor*

Cristina Peri Rossi

Dijo el sabio, vuelo de cóndor:  
—Para soñar bien,  
traigan viento, agua,  
dos que se amen con la alegría del venir,  
dos que se amen en un cuerpo que no admita ser  
interrumpido,  
que se amen aún sobre el espanto y la esperanza,  
que se amen más,  
y cuando la vida  
ya no pueda reconstruir la catástrofe con final feliz,  
se pongan de pie  
sobre sus huesos,  
y dignos de sí y de su historia,  
sean capaces, juntos,  
de olvidarse para siempre.

### 3

La desesperación consistía  
en llegar a la única palabra  
que no se podía tocar.

Estuvimos siglos  
parados sobre el filo  
tratando de escribirla.

Dijimos:  
—Si nos tiramos, podemos volar o morir.

Pero no.

Al salto sobrevino el grito de un pájaro  
que se hizo fuego cuando entró en el aire.

Después,  
se abrió un silencio naranja  
del tamaño de un puño.

Ahora,  
nosotros,  
huérfanos suicidas,  
escribimos la ausencia  
con una flor en la mano.

## 4

Se oye tu corazón desde la calle.  
El lugar está lleno de gente, y  
se oye tu corazón desde la calle.

¿El corazón no aprende?

Te dijeron que él venía,  
y el vacío que dejó tu lágrima  
se interrumpió como si fuese un cielo  
al que lo cruzan los pájaros  
o el agua.



## 5

A ver, quién nos indica  
qué hacer con cierto tipo de esperanza,  
cómo quitarla,  
con qué ácido quemar los brotes nuevos,  
cómo envolver los cortes de las ramas  
para que la memoria no crepite  
ni despunte un gesto o salga un pájaro.  
Algo que nos funcione  
de una manera atroz, definitiva.  
Algo que fugue  
de cualquier error de cálculo o misterio.  
Como si la esperanza no existiera.  
Como si haber amado fuera poco.  
Como si Dios hubiese abandonado  
una iglesia completa  
o una cuna.

## 6

¿De qué ternura guarda tu memoria  
la fiesta del silencio?  
Todo tu cuerpo contra el muro y nada:  
no se rompe, no se cae.

Otra vez, por vigésima vez:  
todo tu cuerpo contra el muro y nada:  
no hay derrumbe.

Se acaba el mundo, el muro sigue ahí,  
tu cuerpo sigue ahí, y en tu silencio  
seguís abrazado a algo pequeñito,  
que sonrío.

No hablar de la tristeza.  
No cantarle.  
Desarroparla.  
Quitarle el agua.  
Volverla un perro puro hueso.  
Y luego,  
atarla a un poste de luz en plena calle.  
Sabernos malos.  
Ser crueles con el pobre animal de la tristeza.  
Dejarla.  
Irnos: sin sombra, sin llanto, sin correa,  
sin más remordimiento ni esperanza,  
sentir cómo es un cuerpo que no pena,  
qué tan liviana un alma sin recuerdos,  
cómo se muere más cuando no duele.

## 8

La flor pegada en la pág. 50.  
El polvo de la flor en la 51.  
Tus dedos  
tratando de levantar la flor  
sin que se rompa.  
La forma en que se ahoga la tristeza  
cuando lograrás tener  
la flor  
entre tus manos.

Otra vez la misma flor y late el mundo.

Cuántas formas de volver tiene la ausencia.

## 9

Tardes donde un gesto levísimo  
podría demoler un jardín.  
Me ha sido impuesto comprender  
lo que se deja,  
lo que cae.

Nadie nos salvará del viento, del olvido.  
Nadie.

Ni siquiera esta ofrenda ante los ojos:  
una amapola recién nacida,  
nuestra para siempre,  
roja y agonizante,  
bajo la piedra feroz  
de la ternura.

Donde el silencio encuentra  
cómo cavar la piedra,  
y se mete,  
crepita y llora  
igual que un pequeño huérfano  
en la sala de fuego,  
y se pregunta y no entiende,  
se responde y no entiende,  
le habla a Dios y no entiende,  
en ese lugar  
donde el silencio bajó los brazos  
en actitud de entrega,  
ahí,  
justo ahí,  
tu corazón.

Recién veo esta foto:  
teníamos las manos apretadas  
como si fuésemos a no perdernos nunca,  
como si el tiempo no hiciera necesario  
rendir pequeños homenajes  
y escribir con la punta de los dedos  
palabras como *casa, vida, canto*.

Mirá:  
teníamos las manos apretadas  
como si fuera incierta la existencia del fuego,  
o la carne invencible,  
o el agua suficiente,  
o la tierra sin muertos,  
bajo el sol del verano.

¿Y a este oficio de niña  
que llora apretándose el vestido  
y busca una señal que tranquilice  
la convulsa ausencia de tus manos,  
digo,  
a este oficio de niña que va y corre  
emocionada y loca hacia el encuentro,  
cómo es que lo ejerzo todavía?



## 13

Mientras desayuno  
una libélula se pierde  
y entra en la habitación.  
La miro: está sobre la lámpara  
que permanece apagada  
desde anoche.

¿Qué destino insiste  
en los cuerpos  
que alguna vez  
tuvieron luz?

Dijo la chamana, de vestido naranja:  
—Hasta ahora he leído  
y he visto  
las frutas del dolor sobre la mesa.  
Son frescas.  
Brillan.  
El perfume está tenso como un arco.  
Sin embargo, no las han tocado.  
Más aún: con asombro,  
los he visto asistir a sus propios funerales,  
llorarse,  
y los he visto sobrevivirse.  
¿Para qué?  
Han de creer en todo lo que nace  
en medio del desorden.  
Miren el viento, el misterio del caos.  
Sean livianos.  
Cántenle al fuego.  
¿Quién puede olvidar la primavera  
sosteniendo una flor en cada mano?

Un perro de la calle abraza a un hombre.  
Lo veo: el hombre sentado en la plaza  
sube a su cuello las dos patas delanteras del perro.  
El perro no le tiene miedo. Están ahí: cara con cara.  
Los dos abandonados se abrazan.  
En silencio se abrazan.  
Hay dolor de huesos, de hembras.  
En el amor a los dos los mordió el hambre.  
No hay nada más animal que la belleza.

**16**

¿Y cómo andar sin presumir  
que pronunciábamos una palabra  
sin saber qué significaba  
hasta volverla agua, boca, manos,  
en la mitad de la sed?

Hemos puesto las manos bajo el agua  
y no logramos tener la suavidad  
del alga que se lleva la corriente.  
¿Quién nos quitará el don de la dureza?  
Hemos puesto las manos sobre la tierra,  
y no floreció nada.  
¿Quién se llevará el fruto de la espera?  
La distancia  
entre la mano y el cactus no siempre  
es igual a la espina.  
¿Quién sabrá cuánto nos duele?  
Hemos elevado los brazos al cielo,  
y ningún pájaro reconoció nuestra intención.  
¿En qué pozo se grita para decir estamos listos?  
Ahora lo sabemos: el territorio puede  
resultar hostil.  
Sin embargo, querido mío,  
estas manos inútiles nos han hecho felices:  
no nadan, no crecen, no vuelan,  
son piedra quieta, rosa muerta, esqueleto,  
puro intento, un testimonio.

Este pañuelo apretado al cuello,  
este esfuerzo extraordinario por no decir  
la palabra  
que podría ser lanzada como piedra  
sobre otra garganta u otro corazón,  
este intento desmesurado  
por entender los días,  
este artificio ante el dolor,  
en fin,  
esta violencia,  
no la conocen los teros  
que cruzan la mañana  
cantando  
tan felices.

Es extraño, a veces la memoria trata  
de romper los pequeños homenajes  
como si fuera la flor de un malvón.

Mirá esto:  
los pétalos rojos no se sostienen a nada.

Mirá:  
el tallo no sabe a qué agarrarse.

Y esto:  
sobre la mano  
no parece una flor sino una herida.

Sin embargo,  
aún ves la flor del malvón,  
algo de tu cuerpo recuerda el jardín,  
agradece el color y cae de rodillas.

*Líbranos, Señor*  
Cristina Peri Rossi

Y ya que estamos, Señor,  
líbranos,  
de no advertir la alteración del fuego  
cuando el amor se acerque,  
y de aferrarnos a las palabras que hagan  
que todo, todo, todo,  
nos parezca posible.



Podría ser que todo comienzo  
nos enseñe a despedirnos.  
O al revés.  
Yo aprendí la forma en que la tarde,  
la primera tarde verdadera,  
se ponía linda para irse.  
Parecía una tarde que no iba  
a terminarse nunca.  
Pero sí: de pronto  
nos encontramos con la noche.  
¿Cuál era el miedo?  
Creíamos  
que era el final de todo  
pero nos expulsó la noche de sus brazos  
y sin pensarlo acá seguimos, vivos.

Pienso en las flores sobre el alambrado.  
¿Eran celestes?  
¿Blancas?  
El viento las movía todas juntas.  
Eran hermosas, pienso,  
como algo que no puede dominarse  
y sin perder ni un poco la entereza  
vuelve una fiesta su actitud de entrega.

Y no aprendimos, digo.

Ni a dejarnos llevar ni a olvidarnos del suelo.

Oh, culpa maldita de estos pies inútiles,  
no aprendimos nada de los tallos.

¿Si no fue para imitar,  
para qué mirábamos el campo  
lleno de flores sobre el alambrado?

## 23

Al silencio le duelen  
las costillas del hambre al que se obliga.  
Se aprieta acá,  
y la proximidad lo dobla:  
nada peor que un silencio cercano.  
¿Qué alimento profundo  
puede darse sin aire, sin cuerpo?  
Para adentro se ríe de tanta cosa seria.  
Cómo es posible, piensa.  
que no exista palabra para nombrar esto.

Y no da más.

He arrojado todo al precipicio.  
Ningún orden es posible ahora, dije.  
¿Cuánto pasó desde entonces?  
No lo sé.  
No tengo seguridad del tiempo  
desde que cayeron los números.  
Parecían piedras tiradas al vacío.  
Lo hice más de una vez:  
me paré sobre el filo,  
miré el fondo,  
y tiré todo con los ojos cerrados.  
Me impresiona lo que pasa con la ausencia:  
cae inmensa como un cóndor,  
no hace ruido,  
se mezcla con el viento,  
y una vez que toca el suelo,  
vuelve.

**25**

Como quien pone una flor carnívora  
en las manos de un niño,  
en el poema  
cada palabra muerde,  
con delicado fervor,  
tu culpa o tu esperanza.

De todas las formas del despojo  
nos fue dada la afasia.  
En una lucha brutal  
poníamos el cuerpo  
y cada tanto  
una palabra nos vencía.  
Una vez al amor, le dijimos amor.  
A la presencia, presencia.  
Todo el silencio del mundo  
no pudo con eso.

Dame la piedad de la duda.  
La tibieza de la duda.  
La suavidad de la duda.

A vos, te hablo, corazón.

¿Oíste alguna vez  
llorar  
a un camello en el desierto?

Oí.

No hay agua.  
No hay  
agua.

El camello lo sabe.

Ese sonido gutural que abre  
la arena en dos  
es la letra del dolor.

Oí.  
¿Oís?

No es la falta de agua lo que llora.  
Es la certeza.

---

A partir de una exposición de Flavia Soldano sobre sonoridades  
y poesía.

Como si todas las piedras  
fuesen a dar contra la piel del mundo,  
en una pequeña aldea  
del norte de Shanghai,  
un niño llamado Zhao  
grita arrodillado  
su primera pregunta a Dios.



**29**

¿Y quién sabrá  
si tus sueños con flores caen al olvido,  
qué cosa es  
esta maceta pobre en la ventana  
tratando de esperar la primavera?

## 30

Si yo supiera cómo romper el homenaje,  
rehuir a la forma en la que asisto  
a esta celebración de condenada,  
no ver en el altar tan bien dispuestas  
las palabras, las sombras, los espejos,  
si yo supiera cómo  
y lo intentase.

Dijo el viejo, manos de piedra:  
—Lo más difícil  
es construir un muelle:  
parar el agua, cargar maderas,  
unir los pasos para no caer entre las tablas,  
correr la línea entre la nada y el sueño,  
acomodarse sin madre,  
no extraviarse con hijos  
y aceptar que no hay bote  
ni barco, ni balsa  
que nos salve de amar.

**32**

Adentro de un vaso azul  
a través de la ventana del living  
apretando la cara contra las rejas  
con el brazo derecho estirado  
hasta que las puntas de mis dedos queman  
junto agua de lluvia.

A tu amor  
lo junto de un modo más extraño todavía.

### 33

Buen viento,  
buena tierra,  
buen sueño,  
buen cuerpo,  
buena agua de mar,  
tengan piedad de mí,  
soy la que danza  
con flores alrededor del fuego,  
nada sé del dolor por venir,  
nada sé del amor por venir,  
mis pies son pequeños  
y desconozco el camino,  
pero alguien  
me hace feliz  
y me he vestido de celeste  
bajo el sol.

## 34

¿Tres y media de la madrugada?

No hay viento. No llueve.  
No pasan autos.  
Todavía no sale el primer tren.

Tu cuerpo ha obedecido y no llora.  
No ríe. No se queja.  
Un cuerpo mudo.  
Obediente y mudo.

Tres y media de la madrugada.

Qué increíble.  
Creíste que lo habías logrado.

Y una calandria canta  
parada sobre tu corazón.

Sostengo desde el tallo una flor en mi mano.

Es perfecta.

Desde el tapial, un pájaro me mira.

Me asustan los ojos de los pájaros.

Él sabe que hay una flor sobre este tallo.

Es un pájaro. Él esperará hasta estar seguro,

volará hacia mí y se llevará

parte de un pétalo.

Imagino que la flor cree que está a salvo en mi mano

porque no cualquiera tiene una mano que lo sostiene.

El pétalo sufrirá al ser desprendido,

y yo no sabré cómo no fui capaz de hacer algo

para detener al pájaro.

El pájaro sabe que no come pétalos,

no obstante, si puede, bajará.

Ninguno de los tres está a salvo.

A los tres nos une el deseo de tener algo único.

**36**

Ahora,  
el olvido ordenará las cosas.

Todas las cosas que quedaron.

Y el gran amor,  
el terrible, insoportable amor,  
quedará quieto  
hasta volverse piedra,  
triza, polvo, nada,  
un dato.



Estoy envuelta en las telas del frío.  
He llegado al lugar de la espera,  
y no hay cartas.  
Nadie avisa que he llegado.  
Sé que estoy porque conservo  
este cuerpo lleno de flores que nadie reclama.  
Ah, qué miedo pueden dar las flores  
revueltas en el fondo del viento.  
Yo he cruzado sin cartas.  
Yo he cruzado con flores, con aullidos.  
Puedo decir que eso es la desesperación.  
Me pregunto cómo es posible  
semejante hazaña.  
He cruzado hasta el fondo del viento  
sin una línea que diga: «Querida mía».

Esta es mi habitación.  
Hay ruido.  
Viento.  
Ayer un benteveo  
entró y se golpeó contra el vidrio.  
Es posible morir  
en las situaciones más secas.  
Ah, nadie nos diga cómo se detiene un vuelo.  
Nadie nos diga cómo se derriba un cuerpo.  
A la intemperie le gustan todas las casas.  
Esta es mi habitación.  
Este es el lugar  
del encierro que elijo.  
Acá escribo.  
Acá leo.  
Es una risa creer que uno está a salvo bajo un techo.  
La cuarta pared ha desaparecido.

## 39

Perdidos los talismanes, el gusto de los frutos,  
las flores que no cortamos ni llevamos a la mesa,  
perdido todo,  
sin saber en qué lugar  
cayó la brasa  
o la parte más pequeña de la historia,  
cómo puede ser  
que yo pase la mano  
sin temor  
por todo el fuego y sin olvido.

**40**

Dos o tres palabras en el lugar correcto  
son capaces de iluminar un cementerio.  
Una vez prendida,  
no hay viento capaz de tirar la lámpara.  
Las flores se vuelven brillantes,  
y empiezan a tener sentido  
los nombres, los cuerpos.  
Dos o tres palabras en el lugar correcto  
tienen la ferocidad que abre un jardín.  
No importa si está vivo o muerto.

Doy fe.  
Ahora estas son mis manos.  
Todos los fósforos buenos fueron tirados al mar.





## ÍNDICE

Prólogo, de Dolores Etchecopar .....	7
<i>Triza</i> .....	11

